

100 ANOS DE fútbol

LOS ARQUEROS



CESAR L. GALLARDO

19

100 AÑOS DE fútbol

HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 9 de Abril de 1970

DIRECTOR

Franklin Morales

ASESOR DE LA DIRECCIÓN

Eduardo Gutiérrez Cortinas

AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN

Rafael Bayce

DIAGRAMADO

Horacio Añón

EDITOR

Julio Bayce

Editores Reunidos

Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo, Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL

Arca S. R. L.

Colonia 1263 Tel. 8.32.00

DISTRIBUCIÓN INTERIOR,

QUIOSCOS Y CANILLITAS

Distribuidora Uruguayana

de Diarios y Revistas

Ciudadela 1424 Tel. 8.51.55

PUBLICIDAD

Vértice

Solis 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S.A.
Gaboto N° 1525 — Teléfono 4 90 48
Hecho el depósito de ley. — Amparado en el
Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Popel)
Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE
LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

19



Ese personaje singular que es el arquero no ha tenido entre nosotros esos formidables representantes de que bien pueden enorgullecerse los otros puestos de un equipo. Tal vez porque todo futbolista incipiente sueña con hacer de la pelota "lo que quiere", y sólo unos pocos se prestan a esperar estático debajo de los palos, el instante en que alguien venga a "ejecutarlo" y le ridiculice. Pero esto parece historia vieja: Ladislao Mazurkiewicz es el mejor de todos los tiempos. Un reivindicador reconocido por el mundo entero.

CARATULA: Aníbal Pou: la figura más importante en el ojo del régimen profesional.

LOS ARQUEROS

CESAR L. GALLARDO

Al enfocar el tema de "Los Arqueros" que se nos ha discernido dentro de la colección que va formando "100 AÑOS DE FÚTBOL", se hace necesario establecer un punto de partida que facilite su planteamiento y que podría sintetizarse en la reacción que al novel aficionado al juego le despierta la ubicación del puesto dentro del "once" reglamentario. Alguien ha dicho, —y nosotros compartimos la expresión— que casi desde la iniciación de la práctica del fútbol, en el rudimentario accionar en la calle o en algún rincón pelado del barrio, se van perfilando las vocaciones de cada novicio, apreciándose a los que se sienten atacantes en el afán de manejear la pelota, y a los que exhiben desde el origen pasta y atributos de un futuro zaguero, dispuestos a emular las hazañas de un Nasazzi a más o menos corto plazo. El tiempo dirá después su última palabra.

Pero lo que seguramente no aparece a primera vista; lo que provoca un rechazo "in limine" es, más que la invitación, la orden imperativa de los "capitanes" que "pisaron" la elección de los respectivos elencos, para que aquél que parece el más infeliz o el más discreto en su humildad, vaya a custodiar el espacio que queda entre los dos montones de piedra que oficia de ciudadela o de "puerta", al decir de los cronistas españoles. Nadie acepta de buen grado esa especie de "descalificación" que pesa sobre el destino del "arquero", al que han ido a refugiarse en definitiva, los "dejados de la mano de Dios" en materia futbolística.

De ahí que en el proceso de la formación de los "guardametas" haya siempre un "hombre de campo" logrado por ausencia de recursos técnicos, o por vía muy excepcional, una aptitud larvada que se despierta en una oportunidad imprevisible. Roque Máspoli, que "algo" ha significado en el cargo, ha narrado muchas veces el episodio de su transformación de zaguero en "hombre del arco", merced a una circunstancia imprevisible. Ello fue que una tarde acompañó a un amigo al Parque Central con ocasión de una práctica de aspirantes para la formación de un equipo de Cuarta División que, para aquel entonces —1936— organizaba con carácter oficial, la Asociación Uruguaya. Pero como en la oportunidad, faltó al-



Cayetano "Gaitanín" Saporiti. La fotografía es de 1910, en plena época de esplendor. Debutó a los 16 años en el arco de Wanderers y lo dejó en 1920.

guien que pretendiera "hacer oposiciones" para guardameta, fue invitado Máspoli a ocupar el puesto vacante. Rechazó la propuesta, aduciendo que nunca había actuado como tal y si como titular de zaga; pero como su negativa hacia fracasar la experiencia en la que su amigo depositaba toda su esperanza se resolvió "al sacrificio" declinando desde luego, toda responsabilidad.

De cómo le fue en la encrucijada, habrá con toda elocuencia una brillante carrera deportiva, con trascendencia ecuménica, que paseó

triunfalmente la figura de Roque Máspoli por todas las latitudes futbolísticas del mundo.

Podríamos abundar en otros ejemplos similares que confirmarían la premisa sentada; pero vamos a partir de la base del conocimiento que a ese respecto debe poseer el lector medio, para hacerle gracia de una repetición innecesaria.

Queda simplemente como colofón de estos episodios, que en nuestro ambiente los grandes arqueros han sido obra de la casualidad que ha permitido la salida al exterior de una condición innata aunque ignorada incluso para el propio protagonista. En tal sentido, habría que concederle razón a D. Carlos Sturzenegger —autor del primer libro sobre fútbol publicado en el país— y en el que estampa esta atrevida afirmación: "El goalkeeper, como el poeta, no se hace; nace"...

Una segunda afirmación previa lleva un contenido probablemente destinado a provocar alguna reacción en quienes no la comparten; pero nos sentimos obligados a sostenerla en cuanto integra nuestra convicción más absoluta. Allá va. El fútbol uruguayo no ha producido aún el arquero que iguale la línea técnica de las grandes figuras que han desfilado en las otras ubicaciones de un equipo. La ciudadela no ha podido exhibir en su custodia valores de la talla de un Manuel Varela, de un Lorenzo Fernández o de un José Piendibene, considerados en nuestro concepto, como los arquetipos respectivos de zagueros, halves y delanteros surgidos en el escenario nacional.

A diferencia de lo acaecido con Isola o Tesoriere en la Argentina; con Guerrero o Livingstone en Chile; con Zamora en España; con Yashin en Rusia, nunca se pudo afirmar que un guardameta uruguayo se constituyera en "la estrella" del equipo y en la suprema garantía de las esperanzas cifradas en él.

Pero como también es verdad que el progreso técnico en el cargo se va acentuando en el transcurso del tiempo —al contrario de lo que acontece en los demás puestos del cuadro— no debe estar muy lejos el momento en que surja la gran figura que congregue la admiración integral de la masa y de la crítica para colocarlo a la altura de "Los Grandes que en el Mundo han sido"...



Leonardo Crossley, ciudadano inglés incorporado al CURCC, en una caricatura de 1910, dos años después de su aparición. Significó toda una revolución en los métodos de atajar.

Y cumplido con lo que podría considerarse como prólogo del trabajo conferido, entramos en materia.

FABRE, SARDESON, A. CESPEDES

Partimos de la base de que "esto" no puede ser solamente una cita de

nombres que arranque desde la primera época del fútbol que se jugó en el país, a partir de 1880 en adelante. No tendría ello ningún valor, ni siquiera a título estadístico, incluso por la ausencia de una documentación auténtica, dada la precariedad de la información. Creemos en cambio, que puede resolver me-

jor la finalidad propuesta si nos atenemos a la evocación del período oficial —1900— sobre el cual se poseen datos y menciones que faciliten la formación de un concepto con respecto a la evolución técnica de los arqueros que se han sucedido en el devenir de los años.

Claro está que en este aspecto sólo aceptamos la carga de la responsabilidad de las afirmaciones que se establezcan a partir del momento en el que pudimos percibir por nuestros propios medios y con sentido crítico, las actuaciones de los protagonistas, fijando a esos efectos el año 1910, fundamental por su gravedad en el desarrollo del fútbol en nuestro país, según lo hemos establecido en tantas oportunidades. La etapa anterior la hemos reconstruido en función de versiones que hemos procurado recoger de quienes vivieron su proceso, y en el grado de confianza que nos merecen los distintos orígenes de las informaciones recibidas.

En ese período inicial de las actividades oficiales —1900— dos nombres aparecen en un primer plano en el rubro de los guardametas: Faustino Fabre, de Peñarol y Enrique Sardeson, del Albion. Del primero, quedó el recuerdo de un jugador capaz, vaiga la palabra del Ingeniero José L. Buzzetti, vertida en los términos siguientes: "Aquel Campeonato invicto, primer galardón de Peñarol, fue ganado por alto score: en los partidos con el Albion por dos a uno, con el Uruguay Athletic 9 a 0 y 6 a 0, y con el Deustcher, 9 a 0 y 8 a 0. En ese certamen, destacó excepcionales condiciones el golero Fabre, que después repetiría en su actuación en Buenos Aires". (Crónica y Comentario del Club A. Peñarol —1891-1961)—.

De Sardeson se podría deducir, por un lógico razonamiento atento a los resultados de los partidos referenciados, que debió ser de muy buena eficacia si se tiene en cuenta las dificultades con que tropezó Peñarol para derrotar al Albion, en las que, seguramente, debió mediar la condición técnica del guardavalla adversario. Por lo demás, los hermanos Sardeson —Enrique y Juan— llenaron toda una época en su club de origen y luego en el Montevideo Wanderers, fundado por ellos, si bien circula una versión que da al viejo club bohemio como ya existente en 1899, tres años antes de la fecha más divulgada.

En 1901 y con la presencia de Nacional en las luchas del Campeonato, aparece un hombre nuevo, integrante de un linaje glorioso para el fútbol criollo: Amílcar Céspedes, hermano de los malogrados Bolívar y Carlos, y que se mantiene en el puesto hasta finalizar la temporada

de 1905, en la que le correspondió mantener una rivalidad con su ex-compañero de club, "Pancho" Carbone, pasado a Peñarol conjuntamente con su hermano Luis —uno de los hombres claves en la hazaña tricolor del 13 de setiembre de 1903.

Les estaba reservado a los "hermanos Carbone" —mencionados a justo título en la décima popular que exaltó la campaña aurinegra de 1905— participar en esa gesta que significó como mérito especial del arquero, haber mantenido invicta su valla a lo largo del torneo, lo que en cierto modo y aun teniendo en cuenta la participación reducida de equipos, acreedita la posesión de aptitudes destacadas.

CAYETANO SAPORITI

Pero desde dos años atrás, había surgido el valor cumbre del rubro en la figura de Cayetano Saporiti, constituido en el custodio del arco de Wanderers, e iniciando allí la

Bautista Besuzzo, capitán de Colón en los años 10: su hijo Juan Bautista seguiría la tradición en el arco.

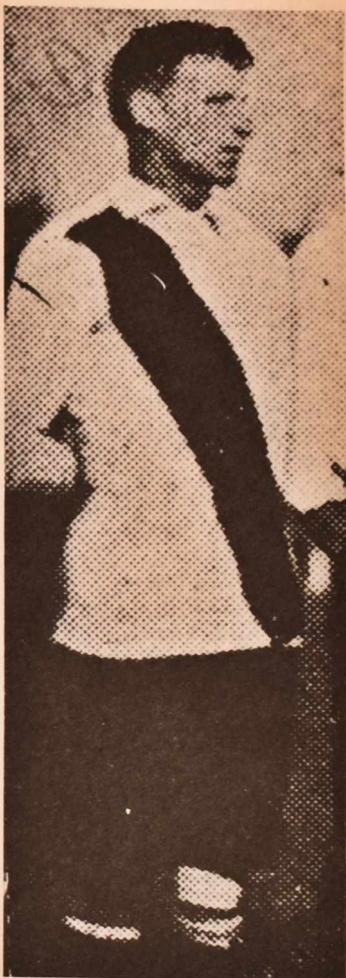
campaña más prolongada que hombre alguno haya cumplido en el medio local en esa ubicación del "once".

Y ahora ya empezamos a manejarnos con una mayor claridad en cuanto a la apreciación de los valores técnicos que caracterizaban a los arqueros de la época, a través de manifestaciones que el propio Saporiti nos hiciera en alguna oportunidad, cuando nos acercamos a él en procura del hilo que nos permitiera descifrar el misterio que envolvía —para nuestra falta de documentación— a las figuras de los hombres de la época.

Palabra más, palabra menos, que no era "Gaitanín" propicio a largas elucubraciones, concretaba así su pensamiento: *Hasta la llegada de Crossley, los arqueros trataban de alejar el peligro a puñetazos y a puntapiés. Incluso se salía de la valla hasta cerca del límite del área penal para rechazar con fuerte tiro alguna pelota adelantada, antes que la recibiera un forward adversario. Había que cuidarse mucho de las embestidas de los contrarios, no siendo difícil que en más de una ocasión, fuéramos a dar al fondo de la red junto con la pelota y el centrodeantero adversario. Fútbol primitivo, apuntamos nosotros, lejos todavía del que habría de imponerse cuando en 1908 surgiera el Renovador, mencionado antes por el propio Cayetano Saporiti en un gesto de hidalguía digno de destacar.*

Pero de Leonardo Crossley ya llegará el momento de presentarlo. Entretanto, y atento a que el arquero de Wanderers prolongó su campaña hasta 1919, y fue el titular de las selecciones nacionales a lo largo de todo el período con alguna que otra contada excepción, es material al alcance del examen crítico del periodista que pudo seguirlo en gran parte de su histórica gestión.

El Saporiti que nosotros conocimos tenía en su haber los siguientes rubros: un conocimiento del juego que le permitía estar colocado con bastante precisión frente a los remates enemigos; unas manos de hierro que en cuanto asimilaron la nueva técnica le permitieron dominar absolutamente las situaciones comprometidas por la violencia de los tiros y una carencia absoluta de nervios que pudieran disminuir su reconocida eficacia en la defensa de su ciudadela. En el orden negativo, una ausencia de reacciones veloces —o de reflejos— que le permitiera llegar a tiempo cuando no se había previsto el desarrollo de la acción contraria. De ahí que muchas veces apareciese vencido por tiros sorplicios, tomados de larga distancia que Saporiti, en su a veces excesiva tranquilidad, no había calculado como posibles. De ahí los famosos



Santiago Demarchi: cumplió con dignidad y se retiró en el instante exacto.

goles de Marcoveccchio en los encuentros con las selecciones argentinas de la época que tantas veces comprometieron un resultado, o también en jugadas muy rápidas desarrolladas muy cerca, pero que su dureza de movimientos no le permitía alcanzar, cuando no lo que él suponía "falta de lógica" en el accionar del contrario. Una vez, jugando en Belvédere contra Nacional. Pascual Somma —que era la sombra negra de "Gaitanín"— le hizo un tanto impulsando la pelota con la cabeza casi en las propias manos de éste. El razonamiento del arquero tenía una fuerza de hierro:





Raúl Paravis, uno de los sucesores de Demarchi como Luis Ares y E. Savio, hasta la llegada del olímpico Andrés Mazali al arco de Nacional. Acá "embolsa" un tiro de Campolo en tarde de clásico, en marzo de 1921.

"nunca le había pegado con la cabeza", dijo, mientras devolvía el instrumento al medio del campo, después de recogerlo en el fondo del arco. Pero, entretanto, el gol estaba convertido. Sólo que él tomaba el episodio con una amable filosofía que incluso le permitía palmejar a su vencedor accidental, sin rencores ni agravios que no tenían cabida en su generosa personalidad.

Diecisiete años de actuación ininterrumpida; más de ochenta partidos internacionales; bicampeón sudamericano en 1916-17; dos veces campeón uruguayo —1906-09— y todo ello sin dejar por un momento su querido Wanderers, integran la figura de un deportista excepcional, de un hombre de bien a carta cabal, modesto y humilde en su expresión ciudadana, con un puesto de privilegio en la historia deportiva de su país.

UN MAESTRO: LEONARDO CROSSLEY

En la iniciación del año 1908 se produjo en el medio futbolístico del país un acontecimiento que, si pasó inadvertido en un principio, adquirió con el tiempo la característica de una profunda renovación de método en la plaza de guardavalla. El hombre que provocara tal suceso —sin duda, sin aspirar a ello, dada su modestia ejemplar— era un ciudadano inglés que llegó al Uruguay contratado por la empresa del Ferrocarril Central en calidad de funcionario

Roberto Chery: apareció en 1916 y ya entonces no podía señalársele un solo defecto. Antes del advenimiento del profesionalismo, fue el mejor de los arqueros, a pesar de su corta actuación. Falleció en el Sudamericano de Río, en 1919.



técnico, sin pensar seguramente que iba a encontrar en su nuevo ambiente la oportunidad de ejercitarse las condiciones de futbolista que había cultivado en su patria de origen.

El mismo lo ha narrado y José L. Buzzetti lo recoge en su "Crónica y Comentario del Club A. Peñarol" con el texto siguiente: "Estoy en América por diez centímetros. Yo jugaba en segunda división profesional en Londres, y un sábado después de un match, se me apersonó un caballero inglés con galera de felpa, que expresó: lo felicito por su juego, y lamento que no tenga usted diez centímetros más de altura, pues debutaría inmediatamente en primera división. Así —continúa Buzzetti— perdió Crossley de jugar en el Everton y el Uruguay pudo consagrarse su mejor goleador".

Si esta última afirmación es exacta, no es ésta la oportunidad de discutirlo. Lo que en cambio, debe quedar en pie, es lo referente a la transformación que a partir de su presentación en el equipo de Peñarol, experimentó la técnica de los arqueros, valga la propiedad del término.

Le correspondió pues al recién llegado "dar sus primeras lecciones prácticas", enseñando que la pelota debe dominarse deteniéndola con las dos manos a efecto de poderla jugar en beneficio de un compañero, en vez de despedirla sin mayor verificación de su destino; que el pie sólo ha de utilizarse en situaciones extremas, y que, en una palabra, el titular del cargo es una unidad más dentro del equipo y no "una máquina suelta" que acciona por su sola cuenta.

Corresponde decir, lealmente, que la enseñanza no encontró ambiente propicio de inmediato, como hubiera podido suponerse atento al origen que exhibía. Y la razón del relativo fracaso no fue otra que las lesiones sufridas por el propio Crossley "a manos" —valga el término— de los delanteros contrarios, de una de las cuales en encuentro con el Montevideo F. C. —ex-Teutonia— se llegó a anunciar el trágico fallecimiento del caballeresco arquero británico. "Los muertos que vos matáis..." pudo haber dicho para sí D. Leonardo al enterarse de la "buena nueva" que circuló por la ciudad en la ocasión.

Pero en la medida en que el juego se fue haciendo más técnico y menos agresivo, al amparo de las nuevas corrientes inspiradas por su compatriota Harley, el ejemplo que suministraba Crossley desde el marco aurinegro fue haciendo una nueva escuela para el cargo en la que militaron, no solamente los recién llegados, sino incluso algunos de los veteranos —Saporiti en primer término— dignificando la tarea y ha-

ciendo posible el advenimiento de los nuevos valores, entre los que Roberto Chery alcanzó en 1918 —un año antes de su muerte— el más alto grado de perfeccionamiento. Con ello le habría bastado a Crossley para merecer el bien del deporte y un lugar de preferencia en la historia del fútbol nacional. Pero si a

DE DEMARCHI A MAZALI

Durante el largo "reinado" de Sapori, se fueron sucediendo generaciones de arqueros, dispuestos a emular las hazañas del titular, cuando no incluso a su suplantación en el orden de la notoriedad y de la consagración internacional.

y su nombre está inscripto en las grandes campañas de Nacional de 1915-16-17. No llegó a la cumbre de la consagración ni se perdió en las amarguras del fracaso. Cumplió su misión con dignidad y se retiró cuando consideró que le había llegado el momento.



Fausto Batignani, gran arquero desde el punto de vista técnico, aunque con una salud empobrecida que no le permitía jugar normalmente. Fue titular del equipo Campeón Sudamericano de 1926 en Santiago, (triunfo que inspiró a Omar Odriozola el célebre "Uruguayos campeones de América y del Mundo..."), y, dos años más tarde, integrante de la selección a la Olimpiada de Ámsterdam, como suplente de Andrés Mazali.

ello se agrega la caballerosidad de sus actitudes dentro y fuera de las canchas; el respeto por los adversarios y el reconocimiento de las victorias que éstos alcanzaron, en una leal aplicación del "fair play" que aprendió en su país de origen, y la simpatía que irradiaba no obstante su afán de pasar inadvertido al abrigo de una modestia sin afectaciones, se configura una personalidad de relieve singularísima a quien se recuerda a diario a despecho del tiempo transcurrido desde su desaparición física.

En un primer término, fuerza es destacar a Santiago Demarchi "goleiro" de Nacional durante diez años consecutivos —1907-17—. En su beneficio, cabe expresar que no obstante su escasa estatura, se "crecía" tanto en la defensa de la causa de "su Nacional" como no haya habido quien lo superara. Muchas veces buscó la Directiva tricolor quien pudiera suplantar a su devoto defensor; pero después de las diversas experiencias, se volvía al veterano Demarchi como la solución más aceptable. Ese es su mérito principal

Vaya la anécdota. En 1916 integró un seleccionado uruguayo para competir en Buenos Aires por uno de los tantos trofeos de entonces. El resultado fue calamitoso para "los celestes", vencidos por 7 a 2. En opinión de la crítica porteña, gran parte de la responsabilidad recayó sobre el arquero uruguayo, declarado poco menos que incompetente para el puesto. Pero casi de inmediato fue Nacional a disputar con Racing la final de la Copa Río de la Plata, protagonizada por los campeones de uno y otro lado del

Río. Demarchi estuvo hecho una muralla esa tarde y los cronistas locales no podían creer que se trataba de la misma persona de la tarde de "los siete"...

Más o menos contemporáneos integran la nómina del período, Balmelli, de Central, considerado como el discípulo más aventajado de Saporiti, de quien llegó a ser poco menos que su suplente obligado; el

"vasco" Pedro Eguia, un gigante de casi dos metros de estatura, duro de movimiento para los tiros bajos, y con un espíritu ambulante que lo obligaba a cambiar de club en cada temporada, empezó en el Oriental en 1909, y pasó por Peñarol, Central, Independencia, Reformers, para terminar su campaña en 1919 defendiendo la valla de Nacional; Luis Solans, Pascual Desiderio, Eugenio

Juan Legnazzi, de Charley a Peñarol en 1920 y Campeón Sudamericano ese mismo año. Pidió pase en horas de la noche y tuvo espectacular debut al otro día, frente a Nacional.



Cornú y Marques Castro, que desfilaron por Peñarol hasta la aparición fulgurante de Roberto Chery; Luis Ares, Raúl Paravís y E. Savio, sucesores de Demarchi y haciendo tiempo a la llegada de Andrés Mazzali en el marco de Nacional, habiéndole correspondido al primero la satisfacción y el honor de integrar el equipo que obtuvo la primera Copa Uruguaya en propiedad en 1917.

Una última llamada al recuerdo para Miguel A. Cavallotti quien, en la defensa del arco de River Plate, tuvo la inmensa satisfacción de haber sido Campeón Uruguayo en los años 1910, 13 y 14, con el agregado de haber intervenido en las tres finales apuradas en este último año contra Peñarol para la consagración definitiva.

ROBERTO CHERY

La retirada de Saporiti coincidió con la aparición de una nueva generación de arqueros que marcó un visible progreso técnico con respecto al período anterior.

De Roberto Chery, ya fallecido en mayo de 1919, se pudo decir que más que una esperanza, fue una bella realidad malograda al nacer. No necesitó pasar por ese inevitable proceso previo del aprendizaje que se va integrando con el tiempo: desde su primera aparición en la final de la Competencia de 1916 contra Rosario Central, disputada en campo argentino, se presentó como un arquero consumado a quien no se le podía señalar un solo defecto. A pesar de ello, la directiva de Peñarol prefirió volverlo al tercer equipo a pretexto de su maduración, y fue a buscar a Antonio Marques Castro con buenos antecedentes en la campaña de Dublín en la divisional Intermedia. Así le fue. En los dos encuentros que disputó con el recién llegado frente a Nacional, éste le señaló ocho goles en total, a razón de cuatro por partido. Chery en cambio, debió jugar en cinco oportunidades contra el mismo adversario, con estos resultados: dos partidos ganados y tres empatados; siete goles a favor y cuatro en contra, dos de tiro penal. El balance resultó tan favorable para Chery que, aunque demasiado tarde, la gente de Peñarol resolvió incluirlo definitivamente en su primer equipo. El final está ya en la historia triste del fútbol local. Designado para el Sudamericano de Río de Janeiro, se prefirió a Saporiti para el primer encuentro frente a Argentina, reservando a Chery para los otros partidos. La lesión frente a Chile en su "debut" internacional, le costó la vida. Si tuviéramos que elegir al hombre que hasta el advenimiento



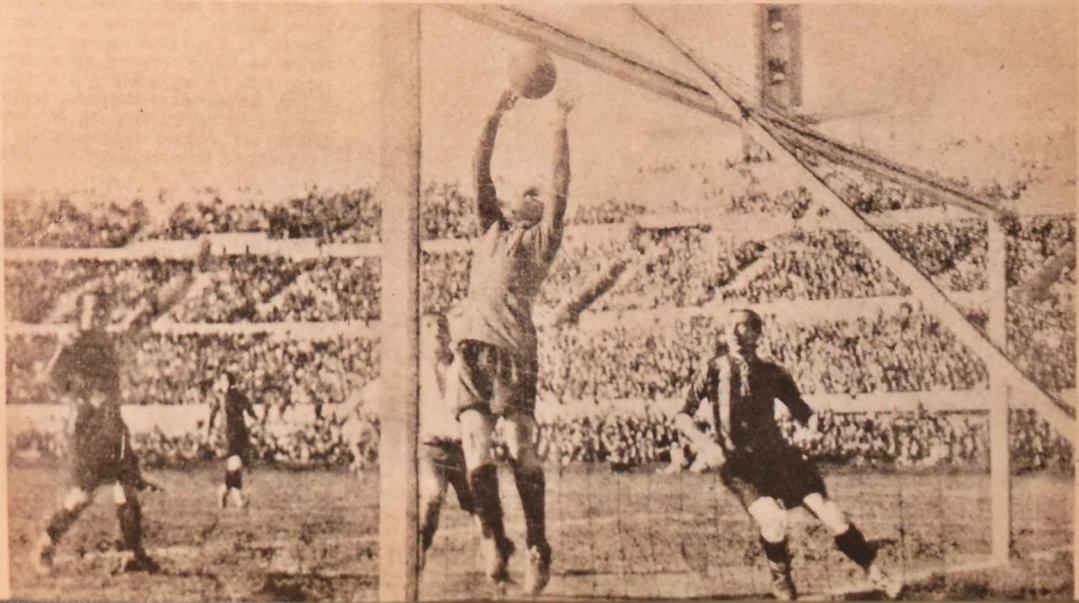
Andrés Mazali, aquí con Nasazzi y Tarasconi en la final de Ámsterdam, cumplió una formidable trayectoria: fue Campeón Uruguayo, y dos veces Olímpico.

Miguel Capuccini, brillante arquero del "Wanderers de la Federación". En 1929 pasó a Peñarol y ese año fue Campeón Uruguayo. La fotografía es del 28 de setiembre de 1930, partido clásico ganado por Peñarol 1 a 0 y protestado por Nacional a raíz de esta jugada: reclamó que la pelota "había hecho una comba y entrado al arco".

del régimen profesional nos hubiera impresionado como el mejor arquero surgido en el país en esos treinta y dos años, indicaríamos sin vacilar a Roberto Chery.

Pero ya para entonces había surgido Andrés Mazali que hizo sus primeras armas en un encuentro con Peñarol sin haber pasado por ninguna prueba anterior, y Vicente Clavijo, formado en Reformers, esperaba su turno que no había de tardar en producirse en un partido internacional frente a la selección argentina.

Estamos en la iniciación de un nuevo ciclo que significa en realidad, un progreso evidente con respecto al anterior, representado por la figura de Cayetano Saporiti. A los nombres ya mencionados en el párrafo anterior, hay que agregar otros de la misma jerarquía, como fueron Pedro Casella —campeón titular en el equipo revolucionario de 1923, del cual Mazali era suplente— y que fue radiado de^{el} cuadro olímpico a raíz de una lesión sufrida en el viaje y de la que demoró más de un año en curarse; Manuel Beloutas, ya internacional en el 21 en el Sudamericano de ese año en Buenos Aires, conjuntamente con Casella que jugó en el encuentro inicial contra Paraguay, subrayado por la estruendosa victoria obtenida por la gente de Asunción a expensas de "los celestes"; Juan Legnazzi que después de una campaña meritaria en Charley, se enroló en Peñarol en 1920, dándose la circunstancia curiosa que el discutido pase fuera otorgado





gado en la noche de la víspera de un encuentro con Nacional, y en cuyo resultado, favorable a su nuevo club, jugó parte fundamental el flamante guardavalla, con una gestión tan brillante como para autorizar que el más difundido crítico de la época titulara su crónica del día siguiente con esta expresión que resumía el más caluroso elogio al recién llegado: "Un arquero que debuta a tiempo..."; el mismo Legnazzi que en ese año se graduó de campeón sudamericano en Viña del Mar y que fuera más tarde —1922— una de las causas menores, pero causa a fin, del cisma que dividió a la familia uruguaya hasta el laudo de 1925 y del que alguna vez habrá que referir su legítima historia, y finalmente Fausto Batignani, en nuestra opinión el mejor de todos desde el punto de vista técnico, aunque con una salud empobrecida que no le permitía desempeñarse normalmente, lo que no le impidió ser titular del "once" campeón sudamericano de 1926 en Santiago, hazaña memorable que sirvió de nimen inspirador a la musa de Omar Odriozola a través de su popularísimo "Uruguayos campeones de América y del mundo..." y cuya participación en lo personal justificó Batignani para merecer dos años después el honor de integrar la delegación que conquistara por segunda vez el laurel olímpico en Ámsterdam...

BALLESTRERO, EDUARDO GARCIA, CAPUCCINI

Resuelto que fuere el cisma aludido antes y normalizada la situación del fútbol oficial —fines de 1925— tres nombres se agregan a la lista nutrida de los buenos arqueros producidos en el medio: Enrique Ballestrero, Miguel Capuccini y Eduardo García, si bien este último, por razones de edad, demoró en incorporarse a la consagración y a la fama que lo acompañara después. Ballestrero se había iniciado en Misiones dentro del círculo federacionista y pasó luego a Rampla Juniors en 1926. Varios años necesitó para que se apreciaran sus magníficas condiciones técnicas; pero la verdad fue que sólo merced a una falta de Mazali que lo desplazó de la concentración para el Campeonato del Mundo de 1930, pudo alcanzar la consagración definitiva a que se había hecho acreedor, en cuanto sin duda alguna era la figura más completa de su tiempo.

De acuerdo a las exigencias de la época —muchos años se precisarían para que el arribo de Aníbal Paz planteara la revolución definitiva en la materia— Ballestrero unía todos los atributos al grado máximo alcanzable. Visión del juego, espíritu

Enrique Ballestrero, Campeón Uruguayo Sudamericano en Lima, en 1935, pasó a Peñarol de inmediato. Acá en el partido final frente a Argentina.
(Foto Archivo, Diario "La Nación", Buenos Aires).



Ballestrero, Campeón del Mundo de 1930, en Rampla. En el suelo, atrapa una pelota ante Aníbal Ciocca y, más lejos, Héctor Castro. Pedro Arispe junto a él. Fue la figura más completa de su tiempo.

Eduardo García rechaza sobre la cabeza de Riolfo. En 1933 mantenía su arco invicto durante once partidos desde la iniciación del Campeonato, hazaña no igualada en ésta, la verdadera acepción de "arco invicto".

(Foto del Río).



100 AÑOS DE fútbol

MEXICO 70

LADISLAO MAZURKIEWIEZ:
el mejor arquero del mundo en un reconoci-
miento unánime y sin fronteras.

(Foto Testoni)





Eduardo García, titular de Nacional a partir de la temporada del 31, entregó la custodia del arco a Aníbal Paz, con quién incluso alternó. Fue el arquero del formidable triunfo tricolor en el certamen nocturno de 1938 jugado simultáneamente en Montevideo, Rosario, La Plata y Buenos Aires.



Héctor Macchiavello fue el primer hombre "nuevo" que aportó el profesionalismo en el arco. Jugaba en Racing ya en 1932. Tres años después fue suplente de Enrique Ballestrero en el Sudamericano de Lima, desplazando sorpresivamente a Eduardo García.

de mando, seguridad de manos, orientador de su defensa, se integraban en el ya para entonces veterano guardavalla, que sin embargo tuvo arrestos suficientes como para justificar su título de campeón del mundo, luego en la ratificación de Santa Beatriz de 1935 y todavía para pasar a Peñarol y mantenerse invicto durante su permanencia en su nuevo y último club en lo pertinente a la competencia con Nacional.

Capuccini fue en su campaña del Wanderers cismático un portero notable. Su actuación en la Lipton de 1927 pasó a la historia como la gestión más brillante cumplida por un jugador uruguayo en ese puesto de que se hubiera tenido noticia en la crítica argentina. Nunca se había dicho hasta ese momento, que un arquero de nuestro país jugara una participación tan fundamental en una victoria celeste. Tiempo después un colega amigo de la vecina orilla, sintetizaba su pensamiento al respecto, diciéndonos: "Héctor Scarone señaló un gol formidable y con él se ganó el partido; pero los que salvó Capuccini y lo que jugó Nasazzi valen por todo el mérito de la victoria". Tuvo también su parte de consagración cuando a raíz del episodio que determinó la exclusión de Mazali, fue llamado a integrar la concentración previa a la conquista de 1930. Ya para entonces, se había enrolado en Peñarol, alcanzando a graduarse de campeón uruguayo, con lo que compuso una interesante personalidad.

Y Cirilo Estívez y Máximo Maturell? Fueron de aparición fugaz, no alcanzando a cristalizar en Peñarol y Nacional respectivamente. El primero destacó un coraje casi suicida en el arrojarse a los pies de los contrarios y una presión de manos sobre la pelota con la que lograba componer un momento de honda dramaticidad; Maturell en cambio, lucía una agilidad de movimientos como para justificar el apodo de "hombre-araña" que popularizó en un instante de su fugaz carrera deportiva.

Con Eduardo García se cierra el ciclo "amateur" y se abre el "profesional". De origen "basketbolístico", componente de aquella famosa "máquina blanca" del Olimpia de la Plaza de Deportes de la Avda. Agraciada —sede hoy del Instituto Battile y Ordóñez— hizo sus primeras armas en la custodia de un arco de fútbol en el viejo Sud América de Villa Muñoz. Necesitó un tiempo para madurar y perfeccionar aptitudes y ya en 1928 lo vemos ocupando accidentalmente y en partidos amistosos, la valla de Nacional, en la que se alternaban por entonces Mazali y Casella —los compañeros



Stipanicic, de Wanderers en la década del 30, cuando aún el cargo de arquero ofrecía déficit notorios.



La evolución que trajeron los años 40 tuvo varios nombres. En Wanderers, con toda una tradición, hubo dos: Besuzzo y J. J. Carvidón, el de la fotografía.

del 23 y 24— con alguna que otra intervención del veterano Clavijo, rememorando en el tiempo sus hazañas en el antiguo Reformers, “el de la franja verde, color de esperanza”, canto de guerra del club de Tognola, Papariello, Insargaray, Marrache, Pasquariello y tantos otros que contribuyeron a su grandeza.

Con una mayor frecuencia en sus intervenciones en el 29 y 30, queda como titular al firme en el 31, puesto en el que se mantiene por varios años hasta el arribo al Parque Central de Aníbal Paz, con el que incluso alterna hasta dejarle a la nueva estrella la “propiedad absoluta” del cargo. “A tout seigneur...”

Ha pasado a la historia, entre otros aspectos, por su memorable campaña de 1933 —11 partidos con la valla invicta desde la iniciación del torneo— que en su verdadera acepción, no ha tenido similar entre nosotros; pero con todo ello y sus atributos indiscutidos, no alcanzó la consagración internacional de Santa Beatriz —1935— ni vinculó su nombre con alguna proeza de esa indole. Fue en cambio, factor importante en la campaña de su equipo en 1938 en ocasión del torneo internacional inter-clubes, origen de la apoteosis ulterior de Atilio García, hazaña singularísima tricolor y base de una campaña posterior todavía sin igualar en la historia del gran club.



Julio Barrios: no hemos conocido un caso similar de aptitudes físicas. Decía hallarse más cómodo debajo de los palos que saliendo. Y hacia prodigios.

Juan Bautista Besuzzo, uno de los más auténticamente grandes, se queda con esa pelota detrás de la cual venía el pie de Francisco Arispe, defendiendo la valla “bohemia”.

(Foto: DEL RÍO).



AUN EL DEFICIT

A lo largo de lo que hemos evocado e impuesta, por razones de espacio, la obligación de la síntesis, quedaría por formular un breve apartado de consideraciones generales.

La técnica del puesto no alcanzó los perfiles que ilustraron a las grandes figuras que se fueron sucediendo en las distintas ubicaciones de un equipo de fútbol. Era evidente que en el cotejo con los valores extranjeros surgidos de las competencias reiteradas celebradas dentro y fuera del medio local, nuestros representantes aparecían en inferioridad de capacidades.

Se podría afirmar que además de ciertas carencias en el orden personal, atribuidas a distintas exigencias técnicas considerada como básicas, el mal endémico, prolongado incluso en los primeros años del régimen profesional, consistió en el excesivo cuidado de la línea del arco como si en ello consistiera esencialmente la defensa del reducto final.

No obstante, algo había insinuado Mazali en el sentido contrario, al amparo de su magnífica agilidad de movimiento, fruto de su condición de atleta destacado —Campeón sudamericano de 400 mts. con vallas, 1919— aunque compensado con una falta de ubicación entre los tres palos, lo que provocaba algunos fracasos sorpresivos, y en el mismo sentido, corresponde recordar que en la ocasión de su “debut” frente a Nacional —1928— se vio a Estivez “volar” fuera del arco para arrebatar la pelota sobre la cabeza misma de Héctor Scarone, impidiendo así lo que de otra forma, habría sido una caída inevitable de ciudadela. Pero de todas maneras, entre “eso” y lo que había mostrado Ricardo Zamora en su primera presentación frente a Nacional, mediaba la enorme diferencia que separa a lo improvisado de lo que es producto de la observación razonada.

Ya veremos a su tiempo, quién y cómo realizaría la transformación radical en la materia.

EN EL PROFESIONALISMO

Al advenimiento del régimen profesional —1932— no se notaron modificaciones esenciales en los nombres y las personas encargadas de la defensa del último bastión en cada equipo. Por lo demás, el fenómeno se produjo, como era lógico suponerlo, en todas las ubicaciones de los conjuntos.

Lo único que había experimentado una mutación se refería al régimen de pagos, que de clandestino y prohibido había pasado a ser lícito y público. Lo que no se modificó en



Paz aportó, como el lejano Crossley, procedimientos hasta entonces no utilizados.

cambio, fue la mentalidad del jugador, quien no obstante su condición de profesional con todas las obligaciones que de ello se derivan, continuó viviendo como amateur, sin mayores obligaciones que entrañaran un régimen distinto, lo que significó que rápidamente se fueran estableciendo diferencias apreciables con el medio argentino, en el que el sistema se aplicó en todos su aspectos, con una visible diferencia de capacidades, reflejada en los encuentros de orden internacional disputados.

El primer nombre nuevo que aportó el profesionalismo fue el de Héctor Macchiavello, quien hizo sus primeras armas en Racing ya a fines del año 1932. Y casi simultáneamente, Juan E. Tea, de Sud América pasa a Peñarol para convertirse en titular en la temporada siguiente, desapareciendo del medio deportivo a fines de 1935. Algunos nombres nuevos: Stipanicic en Wanderers, José Tovagliari y César Rivero en Sud América, no alcanzan la notoriedad que pudiera provocar un movimiento de curiosidad en el ambiente, sacudido en cambio por los preparativos para la cruzada a Lima en ocasión de la disputa del Torneo Sudamericano a principios de 1935. Fueron de la partida Ballestrero y Macchiavello, desplazando éste a

Eduardo García, ante la sorpresa general.

De regreso la embajada vencedora, se produjo una nota de verdadera sensación: Enrique Ballestrero, campeón del mundo en 1930 y flamante sudamericano, pasó a Peñarol, con toda la importancia que el acontecimiento investía y a cuya significación técnica ya hemos hecho referencia.

Pero ese año aportó un "debut" de gran jerarquía en la figura de Juan B. Besuzzo en la portería de Wanderers, a quien hay que considerar como uno de los auténticamente grandes del fútbol local, y otros dos que carecieron de relevancia, pasando sus protagonistas poco menos que inadvertidos: un "tal Paz" aparece en Liverpool y hacia fines de la temporada, Horacio Granero juega en Central sin que el ambiente se conmoviera en ninguno de los dos casos.

Aníbal Paz, Abbadie que salta, Gambecca que observa. El arquero fue la figura más importante del período profesional.





Roque Gastón Máspoli. Se fue de la actividad sin haberse plegado a una exigencia técnica indispensable: "salir" del arco.

Sin embargo, todo hacia suponer que el cargo de guardavalla reivindica sus derechos, disponiéndose a lanzar una hornada de magníficos hombres del gol, sucediendo casi sin solución de continuidad a los ya mencionados, Julio Barrios (Peñarol 1937) y Roque Máspoli que del 4º de Nacional pasa a Liverpool, sustituyendo precisamente a Paz entonces en Bella Vista, para enrolarse en Peñarol hacia 1939.

Granero, que era en principio el destinado a llegar más arriba, frustró su magnífico porvenir al abandonar el fútbol a raíz de un problema planteado como consecuencia del fracaso de su transferencia —1939— malográndose con ello una figura de la más excepcional categoría.

Julio Barrios, oriundo del departamento de Maldonado, como Duhart, como Abbadie, como Luis Maidana, fue en su momento un prodigo de condiciones físicas. A lo largo de una experiencia de más de medio siglo, no hemos conocido un caso similar, producido en el medio local. Con una facilidad de movimientos que le permitía enmendar cualquier error en que hubiera podido incurrir; con una intuición magnífica para adelantarse a la intención de los adversarios; con una seguridad de manos que parecían atenecer la pelota como entre garfios de hierro, sólo autorizaba un reproche que él mismo se encargaba de explicar: no salía de la línea del gol como hubiera estado indicado en tantas oportunidades, argumentando que él se en-

contraba más cómodo entre los tres palos del arco. Y no sería porque le faltase fuerza y/o velocidad para intentar la defensa antes que se produjera el ataque contrario, que de ambas dispuso a su voluntad. En su descargo podría expresarse que dentro de su reducto verlo jugar constituía un espectáculo, en cierto modo parecido, aunque con atributos físicos distintos, al ofrecido por Besuzzo, quien, por rara coincidencia, fue su antecesor en la ciudadela de River Plate argentino.

ANIBAL PAZ: EL MAS IMPORTANTE

Aníbal Paz, como por lo demás ya ha sido adelantado en el correr de

Máspoli, Campeón del Mundo en 1950, a quien nadie puede discutir un sitio entre los grandes del arco.





Flavio Pereyra Natero: se fue injusto con su prematuro retiro. Acá junto a Enrique Hugo en el Peñarol del 49.

(Foto: DEL RÍO).

este trabajo, es la figura más importante del período profesional y merece por la trascendencia de la labor realizada, un sitial de honor a la vera del discernido antes a Leonardo Crossley, considerando a ambos como los que aportaron procedimientos y recursos no utilizados con anterioridad a ellos. Y si lo más notorio de lo enseñado por el arquero británico lo constituyó el dominio de la pelota para asegurar en lo posible su posterior destino, aprovechando para ello el uso de las manos autorizado por las reglas del juego, el nativo del país complementó el pensamiento de Crossley mediante la norma de la salida a tiempo en las acciones por alto en función del anticipo que impide la ejecución del atacante, restando así la extrema peligrosidad de los centros al área penal.

Y tal como le sucedió al arquero de Peñarol en cuanto a la crítica que se le formuló por el riesgo que

implicaba el retener la pelota ante la carga de los delanteros, también la censura alcanzó a Aníbal Paz a pretexto de que dejaba el arco desguarnecido. Los hechos, sin embargo, han acordado plena razón a la nueva doctrina que ha pasado a ser hoy atributo obligado en todo arquero de categoría internacional.

Sin embargo, Roque G. Máspoli, vinculado a Paz por una amistad entrañable, llegó a las más altas cumbres de la notoriedad y el rendimiento, sin haberse resuelto a aceptar la norma de su colega y amigo. Nadie podría negar lo que el campeón del mundo en Maracaná ha significado entre los grandes del puesto, y sin embargo, se fue de la actividad del juego sin haberse llegado a una exigencia técnica que resulta indispensable. Y si no se puede discutir con fundamento la justicia de la consagración de Máspoli entre los mejores arqueros del país, queda

flotando la duda en cuanto a lo que pudo haber sido si alguna vez se hubiera resuelto "a salir" del arco sin el temor de dejarlo solo...

Incluso en más de una oportunidad hemos dado en imaginarnos que si el proceso de las transferencias de Paz y de Máspoli se hubiera resuelto en sentido inverso: Aníbal Peñarol y Roque a Nacional, en el record de Atílio García no figurarían tantos goles "de cabeza" como los señalados por el "hombre de Junín".

En una posición relativa con respecto a "las estrellas" que quedan referenciadas, surgieron dentro del estatuto profesional algunos valores que, de haber llegado treinta años antes, habrían aspirado con legítimo derecho a un primerísimo primer plano, lo que en cierto modo, contribuye a evidenciar el progreso técnico operado de 1935 en adelante.

Cuatro nombres aparecen de inmediato con derecho a reclamar una mención especial: Flavio Pereyra Natero, Walter Taibo, Lu's Maidana y Roberto Sosa. El primero, llegó a discutir con Máspoli la titularidad del cargo en el equipo de Peñarol y acompañó a Paz en la selección del Sudamericano de 1942. Emerico Hirsch, en la dirección del campeón invicto del 49, lo prefería sin duda alguna porque "salía" del arco a interceptar los centros. Aquellos cuatro goles de Nacional en la final del 52 lo "liquidaron" definitivamente, y se fue del fútbol cuando todavía podía esperarse mucho de sus con-

Walter Taibo: con derecho a una mención especial.



diciones. Quizá hubo algo de injusticia en Peñarol al no otorgarle una nueva oportunidad.

Taibo fue en cambio un preferido de la fortuna. Alcanzó la titularidad en Nacional al término de la carrera de Paz y llegó incluso a la del seleccionado en el 57 en Lima y dos años después en Buenos Aires. La figura juvenil de Roberto Sosa lo postergó y fue cambiando de casacas hasta afincarse en Peñarol en el final de su carrera. No fue un prodigo ni estaba en condiciones de serlo a la altura de su vida en la

que se decidió por el arco. Pero fue aprendiendo hasta alcanzar una eficiencia notoria que lo mantuvo por tiempo en un relativo primer plano.

Otro que no le debe nada a la suerte, fi e y es todavía Luis Maidana. Pocos provocaron tantas discusiones y levantaron fuertes resistencias; pero desde el 56 cuando reemplazó a Máspoli en Peñarol hasta su disputada y nunca bien escalada separación del plantel, en muchos de los grandes éxitos aurinegros su participación fue preponderante. Siempre recordamos la frase de San-

Luis María Maidana, sustituyó a Máspoli en 1956 y contribuyó a muchos de los más resonantes éxitos aurinegros al comienzo de la década del 60.



Roberto Sosa: pareció destinado a eclipsar a todos, pero la irregularidad en el arco no se perdonó.

filippo en la oportunidad en que San Lorenzo fue eliminado en el Centenario en la primera disputa de la Libertadores: "los goles los habrá logrado Spencer y tienen un gran mérito; pero los que salvó Maidana tuvieron tanto o más". Habrá tenido defectos técnicos que no en balde fue discutido; pero nosotros nunca vimos un arquero que llegara tan rápidamente a la pelota como él. El similitud del hombre-gato parecería hecho para Luis Maidana.

Roberto Sosa inició su carrera bajo los más brillantes auspicios. Parecía destinado a eclipsar a todos sus colegas: presentes o pasados. A poco que perfeccionara sus salidas —punto vulnerable según el técnico yugoeslavo en Arica— y disciplinara sus nervios, alcanzaría el ansioso "estrellato". Su índice fue la irregularidad y es vicio que no perdonó. Mantenido en Nacional e incluso en la selección, debió dejar uno y otra para continuar su actuación deportiva en Chile. Vuelto al país, se refugió en River Plate y allí está. Creemos que aún a tiempo para rehacer su prestigio.

Amadeo Carrizo, con más de cuarenta años, sigue jugando...



MAZURKIEWIEZ: EL MEJOR DE TODOS

¿Y Mazurkiewiez? —No; no nos hemos olvidado, lo que, por otra parte, no tendría sentido—. Es que simplemente, pensamos que estamos en presencia de un contemporáneo que todavía —y afortunadamente para él— no pertenece a la historia del fútbol del país.

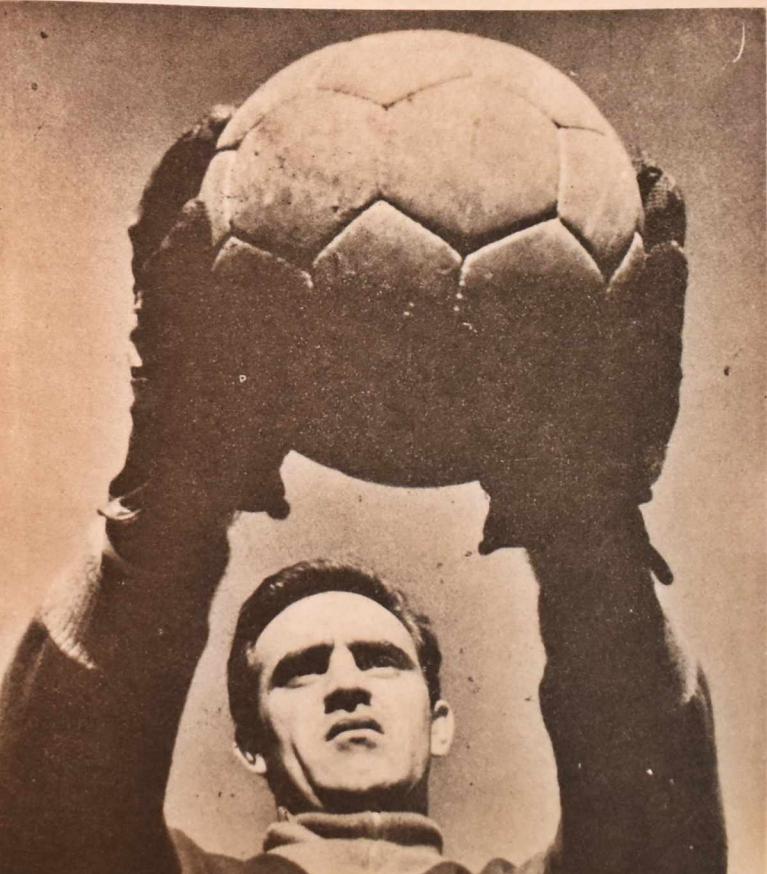
Pero es que tampoco, y no obstante lo dicho, se puede prescindir de lo que ya ha ofrecido el guardameta de Peñarol y de la Selección celeste para justificar su nombradía y su prestigio internacional.

Por lo que ha tenido de "repentista"—si se nos permite el empleo del término para explicar lo fulminante de su aparición en el escenario futbolístico del país— se podría decir que si en alguna oportunidad ha podido considerarse exacta la expresión ya glosada de D. Carlos Sturzenegger, según la cual "el arquero como el poeta, nace y no se hace".

Sosa, ahora en River, aún está a tiempo de rehacer prestigios.



Ladislao Mazurkiewiez: "nació sabiendo" dentro de los tres palos. Prospitti salta lejos.



ninguna tan notoria y tan exacta como la provocada por "el polaco" desde el día de su primera presentación defendiendo la ciudadela de Racing. Como si se hubiera propuesto romper con una afirmación tradicional, según la cual todos los guardavallas necesitan un proceso de tiempo que algunos hacen alcanzar hasta los treinta años de edad para madurarse, este hombre se impone desde su "debut", como si todo lo hubiera aprendido en el "caminito".

Desde Roberto Chery y en cierta proporción, Andrés Mazali, no hemos conocido nada semejante. Parecería que en su maletín de recién iniciado traía ya, junto a los implementos del juego, todo el bagaje de aptitudes que integran un arquero notable: dominio del arco, seguridad de manos, agilidad y reflejos excepcionales, habilidad para entregar la pelota a sus compañeros y una predisposición a salir de la línea del arco, incluso si se quiere, exagerada.

Por todo ello, ya habría que considerarlo como el más grande jugador de su puesto surgido en el país en todos los tiempos, y de continuar en esa cuerda de rendimiento, se podrá decir que por fin ha surgido en el fútbol criollo un hombre de goalline digno de ser comparado con los Grandes que "en el Uruguay han sido..."



Mazurkiewicz ha "reivindicado" el puesto de arquero: a lo largo de su gloriosa historia, el fútbol celeste no había dispuesto de un valor de su jerarquía. En la fotografía, corner, tiro de cerca y "vuelo" a la derecha para rechazar de nuevo afuera.



Domina acabadamente "secretos" del cargo que algunos invierten años en atisbar. Aquí sale a rechazar con los puños una pelota comprometida que llegaba por alto.



Roque Gastón Máspoli, uno de los grandes del arco, comienza a levantar su brazo victorioso en un instante histórico para el fútbol celeste: ha sonado el silbato final y Uruguay es de nuevo campeón del mundo.

Foto: TESTONI

LOS EMIGRANTES

CARLOS LORENZO

El fútbol nuestro se ha nutrido del aporte de jugadores extranjeros, algunos de los cuales son fácilmente ubicables por el aficionado. Pero, en sentido inverso, también el fútbol del mundo se ha nutrido de nuestros jugadores. ¿Quienes han sido? ¿Cuáles son las razones que a lo largo de tantos años han determinado ese incesante ir y venir? Carlos Lorenzo nos ofrece un análisis detenido del fenómeno, típico del profesionalismo aunque ya con antecedentes.

PLAN DE LA COLECCION

- 1 LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO.
Franklin Morales.
- 2 LOS CAUDILLOS.
Carlos Soto.
- 3 EL FÚTBOL DEL 12.
César L. Gallardo.
- 4 HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL.
Dionisio A. Vera (Davy).
- 5 URUGUAYOS Y ARGENTINOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
- 6 HISTORIA DE LOS CLÁSICOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
- 7 1924: COLOMBES.
Carlos Manini Ríos.
- 8 GOLES Y GOLEADORES.
Ricardo Lombardo.
- 9 HISTORIA DEL CLUB ATLÉTICO PEÑAROL.
Ulises Badano.
- 10 LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
- 11 1928: AMSTERDAM.
Julio Bayce.
- 12 LOS MAESTROS.
César L. Gallardo y otros.
- 13 EL MUNDIAL DEL 30.
Carlos Martínez Moreno.
- 14 HECHOS Y ACTORES DEL PROFESIONALISMO.
Carlos Loedel.
- 15 LA COPA URUGUAYA.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
- 16 EL NACIONAL DEL 40.
Raúl Blengio Brito.

- 17 LOS CAMPEONATOS SUDAMERICANOS.
Carlos Loedel.
- 18 1950: MARACANÁ.
Nilo J. Suburú.
- 19 LOS ARQUEROS.
César L. Gallardo.
- 20 LOS EMIGRANTES.
Carlos Lorenzo.
- 21 PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
Sergio Decaux.
- 22 EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
Juan Carlos Fernández Arbenoiz.
- 23 LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS DE JUEGO.
Rafael Bayce.
- 24 LA GARRA CELESTE.
Alberto Silvio Montaño.
- 25 EL CUADRO IDEAL DE TODOS LOS TIEMPOS.
- 26 LA COPA DEL MUNDO.
MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPÍTULO DEL FÚTBOL MÁS GLORIOSO CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

EJEMPLAR
DE
COLECCION